

hacia campos de investigación en los que la consideración de los métodos y de los resultados de la ciencia es indispensable.

*Nascita del mondo moderno*, de Franco Lombardi, se sitúa en el mismo horizonte mental. En tanto que Geymonat pretende aproximar la filosofía a la ciencia y a sus problemas y resultados particulares, Lombardi trata de acercar la filosofía a la sociedad, esto es, a los problemas e intereses morales, sociales y políticos.

El libro de Enzo Paci, *Tempo e relazione*, hace suyas, explícita o implícitamente, muchas de las exigencias que hemos visto en las obras de Geymonat y Lombardi.

En resumen, por una parte, los sucesores de Gentile tienden a dirigir sus investigaciones hacia temas de significación y tono religioso; significación y tono que en Spirito son no-confesionales y quizás anticonfesionales, aunque revistan un carácter puramente confesional en los escritores espiritualistas italianos. Por otra parte, las tendencias independientes de la herencia idealista están orientadas hacia temas de carácter naturalista y aunque, como en el caso de Paci, sean de matiz metafísico, hacen nacer una metafísica naturalista opuesta a la tradicional. Libros como los de Geymonat, Lombardi y Paci pueden considerarse como manifestaciones de un *humanismo naturalista* que toma sus instrumentos de investigación de la ciencia, del lenguaje común y, si es preciso, de la filosofía tradicional y aun de la metafísica, sin verse envuelto en las presuposiciones dogmáticas inherentes a tales medios o a algunas de sus interpretaciones, pero ocupándose profundamente del análisis de los problemas que emergen de la situación cultural y social de nuestro tiempo.—SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO.

CHAIX-RUY (J.): *Etre, existence et essence dans la pensée de Maurice Blondel*, en «Teoresi», Messina, V, 1950, número 1-4, enero-diciembre, páginas 28-44.

Vivimos en una época tan fugaz, las perspectivas se desplazan tan deprisa, que es difícil para un observador discernir lo que es caduco y lo que ha de ser permanente en una filosofía que se

pretende elevar hasta los límites extremos de la investigación filosófica. Precisamente lo que caracteriza a la filosofía de Maurice Blondel es un doble esfuerzo por rebasar las antinomias facticias del idealismo y del realismo, del dogmatismo racionalista y del criticismo, del existencialismo y del marxismo para llegar al punto en que los contrastes o la unidad concreta triunfan de una multiplicidad engendrada por nuestros conceptos.

Según Blondel, la acción es el auténtico *vinculum substancial* cuando se la considera en su plenitud vivificante y no simplemente como un comportamiento o conducta elemental, es decir, procurando entender la acción como un esfuerzo interior e interiorizante que encarna en nosotros la idea y relación entre los elementos dispares que bien nacen de nosotros, bien nos vienen de fuera. De este modo la acción nos lleva al pensamiento que continuamente la sostiene y la rebasa, que la ilumina y caldea con una claridad interior en cuanto se aproxima a la unidad del puro actuar. Claro que no se trata del actuar de carácter material. El *vinculum* se refiere a la acción como principio, al actuar originario, pero sin que este actuar originario deba entenderse en el sentido en que los idealistas alemanes concebían el primer supuesto poniéndose a sí mismo como objeto de su ponerse. Maurice Blondel está lejos de este error. Por el contrario, lo que él pretende es superar el idealismo, lo mismo que el realismo. En cierto sentido, el acto es anterior a todo, puesto que el ser, según Blondel, no existe sino en la medida en que actúa y porque los grados y niveles del propio ser se miden por la riqueza y por la interioridad de la acción, ya que el acto puro, lejos de expresar el momento de la razón racionante incapaz de salir del plan de la temporalidad, reabsorbida sin cesar por la razón que raciona, expresa la plena auto-creación de aquel que para existir no tiene necesidad de conferirse a sí mismo existencia. He aquí cómo la acción de Blondel recuerda al acto puro, pero desde un punto de vista especial, ya que el ser se identifica con la acción. Y en la medida en que nosotros somos, somos siendo en cuanto participamos del Actuar. Por consiguiente, la existencia, la vida, son acciones, pero acciones vinculadas al actuar primero. Así, el poder o eco-

nomía que nos ha sido donado es nuestro, pero nos lleva al Eterno Donador.  
E. T. G.

LA VIA (Vicenzo): *La riforma blondeliana del filosofare e la sostanza teorica del blondelismo*, en «Teoresi», Messina, V, 1950, núm. 1-4, enero-diciembre, págs. 236-358.

Lo que Blondel pretende es construir su filosofía como un todo ascendente, de modo que en el mismo proceso de la ascensión el pensamiento encuentre su fuerza y su impulso para lograr un grado más en la penosa subida. Esta filosofía plena se integra en el concepto de acción, desde cuyo concepto Blondel pretende la reforma de la filosofía por una superación. Superación que no quiere decir destrucción, sino mejor reencuadramiento, corrección y acentuación de los ingredientes ya descubiertos como intelectualmente fecundos por el pensamiento filosófico anterior. La filosofía de la acción aplica un criterio dialéctico, cuya dialéctica se funda en el desdoblarse progresivo del principio básico; merced a este principio básico la realidad aparece unida en su inquebrantable unidad profunda, porque, como dice Blondel, las cosas son todas igualmente irrealizables, cuando se quiere construir la realidad como una cosa distinta de ellas.

La unidad profunda de la realidad se encuentra en última instancia en el agente que actúa sin necesidad de ser actuado, de cuyo agente participamos porque, según palabras del propio Blondel, para actuar es preciso participar de un poder infinito; para tener conciencia del actuar es menester que exista la idea de ese poder infinito. De aquí que la idea sea acción y la acción esté de suyo incluida en la idea.

Si desde este punto de vista hay en Blondel una reforma del filosofar en cuanto elude la pretensión de cristalizar la realidad, sin caer, por otra parte, en un inmanentismo de carácter materialista que se apoye en algún vago concepto como vida, energía, etcétera, por otra parte se da también un auténtico sistema filosófico con una sustantiva autonomía filosófica. El filosofar descubre dentro de sí la sustancial necesidad de un drama, de una

crisis que a través de mil peripecias nos lleve a lo singular para que, a su vez, desde el singular se manifieste la necesaria trascendencia. Efectivamente, el punto central de todo el blondelismo es el hecho incontrovertible de la imposibilidad de centrar la filosofía, ya que, como exigencia o instancia de la mediación teórica, implica un moverse como el sentido activo del verbo filosofar ya denuncia. En este moverse los dos supuestos radicales que caracterizan el alma del blondelismo son la inmanencia y la trascendencia, pero entendidas como simultáneamente vinculadas y contrapuestas de tal modo que no puede darse la inmanencia sin la rigurosa implicación de la trascendencia y al contrario. Esto, a su vez, significa que el absoluto está implícito en nosotros como idea y como hecho y que el desvelarse consciente de nuestra intimidad, afirmación y negación, trascendencia o inmanencia, se ofrecen como imbricadas en la realidad absoluta del principio absoluto que hace que el ser sea lo mismo que la acción.—  
E. T. G.

ANTONELLI (M.<sup>a</sup> Teresa): *Observazioni sulla filosofia come «philosophie de l'esprit»*, en «Humanitas», Brescia, año IX, enero 1954, núm. 1, páginas 24-39.

El último siglo de actividad especulativa ha constituido un curioso diálogo—que no es nuevo en el transcurso de la historia de la filosofía— entre dos estilos o dos lenguajes especulativos, que representan respectivamente el idealismo y el existencialismo. Desde luego, el existencialismo propiamente dicho no constituye de suyo un movimiento filosófico pleno pero opuesto al idealismo, manifiesta una gran preocupación por lo concreto y por lo irracional, lo que, a su vez, define mejor los límites propios del idealismo. Ahora bien, este diálogo es sumamente curioso, ya que en el fondo son dos soliloquios que no acaban de trabarse en diálogo. La crisis filosófica actual no es sino la incapacidad crónica de discutir en auténtico sentido, con exclusión de la verbosidad y del diálogo puramente nominal. Pero a su vez y detrás de esto hay razones más profundas, ya que en el fondo tal inca-